

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 pta.
Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »
» Extranjero » . . . 1'50 »

Días de feria

Estamos en plena feria política. Ya han circulado los anuncios y se han exhibido los ejemplares bien limpios, bien lustrados, bien cebados y con ocho días de anticipación, para que el público pueda escoger los que le parezcan más á propósito para sus menesteres.

Casi cada año se repite el espectáculo, igual que ocurre con las ferias de los pueblos, y de nada sirve el ver que sus representantes nada útil hacen para él; bien es verdad que ese pueblo, el pueblo que vota, no sabe pasarse sin amos, y creyendo no tener bastante con los que la constitución de la actual sociedad le impone, aun pide más, y, para mayor sarcasmo, el mismo se los nombra.

La ley ó el derecho de las mayorías, en que se apoya el procedimiento electoral y legislativo, ha dado ya más que suficientes resultados para que la experiencia los rechace. Un siglo de ensayos electorales; de renovación constante de poderes, de confección de leyes, reglamentos, Constituciones; de cambio y modificación de formas de gobierno, es más que suficiente para demostrar la ineficacia del sistema engendrado por la Revolución francesa para servicio de la clase media, desde entonces acá preponderante.

Monárquicos, republicanos y socialistas, todos se disputan el honor de sacrificarse por el pueblo; pero lo hacen desde cómodos sillones, dictando leyes, siempre represivas, y cuando el pueblo, cansado de sufrir, exterioriza su protesta en forma enérgica, los que se dicen sus representantes, ó le traicionan ó le combaten.

Por lo que respecta á Barcelona, podemos afirmar que, los políticos que después de los sucesos de julio pidieron el voto al pueblo HAN PERDIDO TODA NOCIÓN DE LO QUE ES DIGNIDAD.

Las elecciones sólo sirven para satisfacer ambiciones personales y cuando dentro de un partido hay algún ambicioso que se cansa de esperar que su jefe le regale un acta, se deja asomar un poco de rebeldía, se amenaza con tirar de la manta y para que esto no ocurra consigue el acta ansiada. Y el pueblo, que ve que esta comedia se repite constantemente, continúa prestandose á desempeñar el papel de comparsa.

No es, trabajadores, depositando una papeleta en la urna electoral como conseguiréis vuestra emancipación. Para esto son necesarios mayores sacrificios. Precisamente por eso se instituyó el sufragio; para por medio del engaño ahogar la rebeldía de los pueblos. Rusia ardía en constante revolución y fué engañando al pueblo con la institución del Parlamento y prometiéndole que por este medio conseguiría lo que pretendía por la fuerza, como lograron desarmar á los revolucionarios; y el pueblo ruso continúa más esclavo, pues si antes soportaba el despotismo del zar, ahora soporta el despotismo de los confeccionadores de leyes y del zar.

Decíamos los anarquistas de Barcelona, en un manifiesto antielectoral publicado hace pocos años:

«No, trabajadores; monárquico, republicano ó socialista, siempre os daréis un amo con el nombre de candidato si votáis delegando en otro todas vuestras prerrogativas. Monárquico, republicano ó socialista, quien quiera que os solicite, desea vuestro voto porque con él se reviste de todo el poder, de toda la fuerza, de toda la energía que en vosotros reside. Votar es abdicar, es anularse; ¡no votéis, no abdicéis, no os anuléis!»

La emancipación social definitiva sólo puede obtenerse revolucionariamente. Después de un siglo de práctica individualista, después de un siglo de ejercicio de privilegios, monopolios y acaparamiento de la riqueza, sólo un medio resta para modificar radicalmente las condiciones de la vida, y este medio es la Revolución social. Las soluciones anarquistas se imponen actualmente por la ineficacia de los viejos sistemas, se impondrán mañana por la ineficacia de las doctrinas amalgamadas del socialismo doctrinario.

Para obtener de una vez para siempre la anhelada libertad, hay que expropiar revolucionariamente todos los poderes. Que todos los miembros sociales obren por sí mismos, mediante mútuos convenios, sin delegar en nadie sus derechos, sus facultades, sus atribuciones, sin esperar órdenes superiores ni confiar en centrales administraciones que todo lo monopolicen, y la independencia social quedará establecida de

una manera más firme, más real que por medio de todos los poderes artificiales y organismos é instituciones forjados para establecerla y garantizarla.

Para que impere, en fin, la deseada Justicia y brille esplendorosa un día sobre la superficie de la tierra, es preciso que todo el mundo pueda alimentarse, instruirse y gozar y vivir en armónica bienandanza.

Y no es ciertamente como obtendremos un pedazo de pan, alguna instrucción, el más ínfimo goce, depositando un pedazo de papel en la urna electoral. Con esta práctica se nos acostumbra á esperar de los gobernantes el alimento necesario, la instrucción indispensable, el goce siempre negado. Cuando esta práctica se abandona empieza á ser posible la conquista de esas cosas, porque empezamos ya á buscarlas por nosotros mismos, y al término de este camino se encuentra siempre la Revolución; la Revolución que traerá inevitablemente la libertad completa dentro de la más estricta igualdad de condiciones económicas y sociales.

Un cambio más ó menos radical de personas, una modificación más ó menos profunda de instituciones, ¿qué puede darnos? Mirad en derredor: Repúblicas federales, repúblicas unitarias, monarquías, clases, todo vive y subsiste para defender y mantener la propiedad y el privilegio de los propietarios, para afirmar y continuar la esclavitud de los obreros. El hambre reina en todas partes, la ignorancia se enseñoza de todas las naciones, la relajación moral y el crimen todo lo abarcan. ¿Qué os importa que sean estos ó aquellos los amos? Lo que debe importarnos es no tener un amo. Pues mientras votéis no haréis más que confirmar vuestra esclavitud, porque el que elige un amo se confiesa esclavo. ¡Y ni siquiera sois libres de elegir el que os plazca! El que os da el jornal en el campo ó en la fábrica, el casero que os arrienda vuestro garito, el tendero que os vende robándoos y envenenándoos, todos pueden condenaros á perecer de hambre en unión de vuestras compañeras y vuestros hijos, si no votáis á su gusto. ¡Andad, pobres siervos de la gleba y del taller, y poned en manos del capataz el látigo con que debe cruzaros el rostro! ¡Andad, y que cierren de una vez para siempre el último eslabón de la cadena que aun os sujeta! ¡Andad, y no faltéis en calidad de comparsas en el sainete electoral que vuestra sangre y vuestra existencia convertirán en drama terrible de lágrimas sin cuento!

Y si no vais, si la rebelión invade vuestro espíritu y sentís aliento y fuerza para sacudir violentamente todo poder, toda tiranía, venid á nosotros, rebeldes también, y la Revolución social será pronto un hecho. Venid á nosotros y con nosotros decid á todos los partidos, desde el absolutista hasta el que os seduce con la promesa de un mejor estado social:

No votamos porque no queremos delegar en nadie nuestros derechos, porque queremos la libertad efectiva, la igualdad real, á fin de que la sociedad viva en la Justicia. No votamos porque tenemos algo más grave de qué ocuparnos; porque es necesario dar alimentos y abrigo, instrucción y comodidades á la mayor parte de la humanidad que vive miserable y desamparada, sin que de ello os preocupéis para nada ni nada podáis hacer, aunque queráis, con vuestros votos, vuestros diputados y vuestros ministros. No votamos porque la emancipación humana no puede salir de la urna, no puede jurgir más que de la Revolución triunfante.

Somos anarquistas, y la Anarquía tiene por base la igualdad de condiciones económicas, por método la libertad y por fin la solidaridad de todos los hombres. Todo esto excluye las clases, los privilegios, la propiedad, el gobierno. Vámonos en pos de un nuevo mundo y tratamos de destruir vuestro carcomido mundo.

¡Guardaos vuestras papeletas! ¡Guardadlas, y abandonad toda esperanza, que el porvenir es nuestro!»

Nosotros terminamos con el siguiente pensamiento de Leibniz: *Quien busca la verdad no sabe contar los votos.*

No hagáis caso ningún oficioso redentor. De humilde Mesías se transformará en despótico César, tan pronto como sobre sus hombros asiente el pedestal de su ambición, y tan rápido como ascendió á las cimas del poder. Todos los hombres deben ser completamente libres, y lo suficientemente enteros para no admitir imposiciones abusivas de otro.

FEDERICO FORCADA

La Anarquía

Las ideas socialistas en la Internacional El Fourierismo

Fourier, contemporáneo de la Gran Revolución, no vivía en el momento de la fundación de la Internacional. Pero sus ideas estaban tan popularizadas por sus adeptos, sobre todo por Considérant, que les dió cierta autoridad científica, que, á sabiendas ó no, los hombres más ilustrados de la Internacional se encontraban bajo la influencia del fourierismo (1).

Conviene observar, para comprender la influencia del fourierismo en aquellos años, que la idea dominante de Fourier no era la de la asociación del Capital, del Trabajo y del Talento para la producción de las riquezas, que se halla siempre en primer término en los libros de la historia del socialismo. Su objeto principal era poner fin al comercio individual, que se hace en vista de los beneficios, y que conduce necesariamente á las grandes é inicuas especulaciones. Y para llegar, propone crear una libre organización nacional para el cambio de todos los productos. Eso es, como se ve, recoger la idea que la Gran Revolución trató de realizar en 1793-94, después que el pueblo de París expulsó á los Girondinos de la Convención y de votar la ley del *maximum*.

Como lo dice Considérant en su «Socialismo ante el Viejo Mundo» (obra que nunca será demasiado recomendada á los socialistas modernos), Fourier veía el medio de poner fin á todas las infamias de la explotación actual en el establecimiento de la relación directa del productor y del consumidor, por la organización de agencias comunales intermedias—depositarios y no propietarios de los productos—tomándolos directamente de la fuente de la producción y lanzándolos directamente á la consumación.

Su precio en esas condiciones no sería ya objeto de especulaciones. No podría tener más aumento que el de los (simples gastos de transporte, de conservación y de administración, que forman una carga casi imperceptible) (Considérant, p. 39).

Ya antes, en su infancia, Fourier, colocado por sus parientes en una casa de comercio, había declarado odio al comercio, cuyas trampas veía tan de cerca. Desde entonces hizo voto de combatirlo. Más tarde, durante la Gran Revolución, pudo ver de cerca las especulaciones atroces que se hacían sobre la compra de los bienes nacionales, como también sobre el alza de los precios de todos los géneros durante la guerra. Pudo ver de cerca como ni la Convención jacobina ni el Terror, pudieron dominar esas especulaciones; cómo la falta de un cambio socializado paralizaba hasta los efectos de una revolución económica, efectuada por la expropiación de los bienes del clero y de la nobleza en favor de la democracia. Y entonces debió comprender la necesidad de la nacionalización del comercio, y debió apreciar la tentativa hecha en ese sentido por los descamisados en 1793 y 1794 y se hizo apostol (2).

La Commune libre, depositaria de los géneros, debe dar, en su idea, la solución del gran problema del Cambio y de la Distribución de los productos de primera necesidad. Pero la Commune no sería la propietaria, como lo son hoy los vendedores ó bien las cooperativas actuales. No sería más que la depositaria. Sería una agencia receptora de los productos en almacén para distribuirlos; pero no extrayendo ningún tributo sobre

(1) Se sabe, por el trabajo de nuestro amigo Tcherkúsoff, que del manifiesto de Considérant, intitolado: «Principios del Socialismo: Manifiesto de la Democracia del siglo XIX», publicado en 1811, Marx y Engel tomaron los principios económicos que expusieron en su «Manifiesto Comunista». Hasta, en efecto, con leer los dos manifiestos para convencerse que no solamente las ideas económicas sino hasta la forma fueron tomadas á Considérant por Marx y Engel.

(2) En cuanto al programa de acción práctica del «Manifiesto Comunista» de Marx y Engel, es, como lo ha demostrado el profesor Andler, el programa de las organizaciones secretas comunistas francesas y alemanas, que continuaron la obra de las sociedades secretas de Babeuf y de Buonarroti.

(3) Lo ignorábamos en la Internacional, pero hoy se sabe que el lyonnés L'Ange, conmovido por las miserias de Lyon durante la Revolución, había ya publicado un plan de «Asociación voluntaria», extendida á toda la nación. Esta Asociación tenía 30.000 graneros de abundancia instalados en cada municipio, lo que suprimiría la propiedad privada y el comercio privado en objetos de primera necesidad y establecería el cambio de productos á su verdadero valor (véase el análisis de los folletos de L'Ange, empezando primero por Michelet, después por Jaurés y últimamente por Hubert Bourgin, en su volumen: «Fourier», París, 1905). Ese plan de L'Ange lo habría inspirado Fourier que piensa sobre el mismo asunto? No se sabe fíjamente. Pero Fourier conoció evidentemente el gran plan de los descamisados de 1793-1794—de nacionalizar el comercio—y en él debió inspirarse. Como ha dicho Michelet en una de esas notas manuscritas citadas por Jaurés: ¿Qué ha hecho Fourier? Ni L'Ange ni Babeuf: Lyon, sólo precursor de Fourier. Nosotros podemos decir ahora: Lyon y la Revolución de 1793-94.

los consumidores y no pudiendo especular en las fluctuaciones de los precios.

Atacar el problema social por el Consumo y el Cambio, hace de Fourier el más profundo pensador socialista.

Pero Fourier no se detiene aquí, sino que da extensión á su idea. Supone que todas las familias de una comuna rural ó industrial, ó más bien mixta, constituirían una falange. Pondrían sus tierras en común, su ganado, sus instrumentos y máquinas y cultivarían la tierra ó bien proseguirían su industria, como si la tierra, las máquinas, etc., fuesen su propiedad común, llevando desde luego, una cuenta exacta de lo que cada miembro hubiera contribuido al capital de la comuna.

Dos principios primordiales, decía, deben ser respetados en la falange. En primer lugar no debe existir trabajo desagradable.

Todo trabajo debe ser organizado, repartido y variado en forma que resulte siempre atractivo. Y luego ninguna clase de violencia podría ser admitida en una sociedad organizada bajo el principio de la libre asociación; ninguna clase de violencia sería tolerada ni tendría razón de ser.

Con un poco de inteligente atención á las necesidades individuales de cada miembro de la falange y un poco de tolerancia para las particularidades de los diversos caracteres, combinando el trabajo agrícola, industrial, intelectual y artístico, los miembros de la falange reconocerían bien pronto que las pasiones de los hombres, que en la actual organización representan muy á menudo un mal y un peligro, y que sirven siempre de excusa al uso de la fuerza, las pasiones mismas pueden ser una fuente de progreso. Basta reconocerlas y encontrar aplicaciones sociales. Las nuevas empresas, las aventuras peligrosas, la animación social, la necesidad de cambios, etc., les darían las salidas necesarias.

Es verdad que Fourier pagaba todavía un tributo á las ideas estatistas. Así admitía que para hacer el ensayo de su asociación—para intentar «una simple armonía» que sería la precursora de «la verdadera armonía»—«un príncipe podría intervenir». «Podría lisonjear al jefe de Francia el honor de sacar al género humano del caos social, de ser el fundador de la armonía y libertador del globo», decía en uno de sus primeros escritos; y repite la misma idea en 1808, en su *Teoría de los cuatro movimientos*. Más tarde, llega hasta dirigirse á Luis Felipe con este fin (Ch. Pellarin, *Fourier, su vida y su teoría*, 4.ª edición, p. 114). Pero eso sólo es para intentar el ensayo preliminar.

Cuanto á la «verdadera armonía», la «armonía universal» no debía tener ningún gobierno. Esta armonía no podía tampoco introducirse «pieza á pieza». La transformación debía ser social, política, económica y moral á la vez. Y cuando Fourier llega á la crítica del Estado, la hace más despiadadamente que nosotros la hacemos hoy. «El desorden político—decía—es á la vez la consecuencia y la expresión del desorden social. La desigualdad se transforma en iniquidad. El Estado, á nombre del que se mueve el poder, es en absoluto, por origen y por principio, el servidor y el protector de las clases privilegiadas contra las otras». Y así continúa (tomo este pasaje de Bourgin, que emplea las mismas expresiones de Fourier).

En la «sociedad armónica» que surgiría de la aplicación completa de sus principios, toda violencia debe ser excluida (1).

Escribiendo inmediatamente después de la derrota de la Gran Revolución, Fourier se inclina fuertemente hacia las soluciones pacíficas. Insiste en la necesidad de reconocer el principio de asociación entre el Capital, el Trabajo y el Talento. Por consecuencia, el valor de cada producto retenido en la falange, debía estar dividido en tres partes, cuya mitad sería una, ó siete dozavos, la remuneración del Trabajo; la otra, tres dozavos, iría al Capital, y la tercera, dos dozavos, al Talento.

Sin embargo, la mayor parte de los que tenían las ideas foureristas en la Interna-

(1) En el caso mismo que Fourier hace las restricciones, ó que habla con una inconsecuencia chocante, de «distinciones» y de «grados á conquistarse para estimular el ardor al trabajo, ó bien de obediencia á las leyes y á las reglas en las experiencias relativas al ensayo de su teoría» (Pellarin, pág. 229, nota) la idea general de su sistema es la libertad entera del individuo en la sociedad armónica del porvenir. La libertad, decía, consiste en poder cumplir los actos que solicitan nuestras atenciones. «Si hay gentes que se alaban de plegar la naturaleza humana á las exigencias de la sociedad actual, y que estudian á este fin, nosotros no somos de ese número», decía su discípulo Pellarin (pág. 229).